

## la veptada indiscreta

**L**EO ese pequeño recordatorio que, referido al acontecer del mismo mes del año anterior, ofrece cada noche "Informaciones". Los días de noviembre de mil novecientos setenta y cinco caen ahora, como lejanas hojas muertas, sobre un mínimo espacio de papel. Han transcurrido doce meses de un instante que, durante los cuarenta años anteriores, intuíamos como el más decisivo para la Historia de España. Aquel "futuro" es ya "pasado" y uno siente la necesidad de examinar, como se otea la llanura desde la cumbre, el discurrir de este tiempo y de sus sucesos más indicativos.

Durante ocho lustros los españoles se hacían cábalas y conjeturas sobre ese instante incógnito. Al principio, la desaparición de Franco se presentaba como un giro de ciento ochenta grados a impulsos de quienes resultaron vencidos, ¡qué le vamos a hacer!, en la contienda civil; luego se atribuyó a la sucesión, sin cuya garantía se vaticinaba lógicamente, el cataclismo. Esa garantía aligeró más tarde, si no la incertidumbre, si, cuando menos, el evento de cualquier improvisación. Y llegó ese año y esos meses y con ese mes, esos días que ahora caen como hojas muertas para el recuerdo sobre el mínimo espacio tipográfico de una página de periódico.

No aconteció, en rigor, nada de lo que el pueblo había pronosticado entre mil novecientos treinta y nueve y mil novecientos setenta y cinco. Funcionó el mecanismo institucional y funcionaron, a la perfección, las buenas gentes de España. No hubo turbas incendiarias, ni asaltos al cuartel de la Montaña... No hubo nada de lo que pudo cruzar, lógicamente, por la imaginación de cualquier ciudadano durante las décadas anteriores. Pasó un año. Pasaron los meses. Y los días que componen esos meses. Y, ahora, los españoles se preguntan: ¿qué ha sucedido?. El espectáculo es serio y no caben eufemismos. La realidad es amarga y hasta amenazadora. El ciudadano tiene que llegar a la consecuencia de que, efectivamente, ha sucedido algo y el periodista, que intenta otear desde la cumbre la llanura, llega a la conclusión, tristísima, de que algo pasó y de que ese algo nunca estuvo previsto, ni fue objeto de intuición o de observaciones; una cuestión, que, en verdad resultaba insólita: algunos políticos creados por Franco —ministros, consejeros, gobernadores, alcaldes...— le volvieron la espalda cuando murió y desdeñaron, con un mohín de repugnancia, sus más sabias previsiones. Vamos, que le traicionaron. Y entonces empezó la obertura. Pronto se levantará el telón y asistiremos al derrumbamiento, piqueta en mano, de la obra constituyente más seria y más susceptible de perfeccionamiento y evolución que hemos tenido. Eso pasará pronto, en las Cortes, ante la urbe y el orbe.

ANTONIO IZQUIERDO